FUNDAMENTOS HISTÓRICOS DE LAS LENGUAS UNIVERSALES: EL CASO DEL ESPAÑOL Y LA TRAYECTORIA DEL INGLÉS

RAFAEL DEL MORAL
UNIVERSIDAD DE BRETAÑA

Todas las lenguas nacen con los mismos paños y son sepultadas, cuando desaparecen, en el más absoluto abandono. Sin ceremonia de acogida y sin funerales, su paso por la vida, una vez muertas es, salvo excepciones, discreto, imperceptible y silencioso… ¿Quién recuerda hoy al *dálmata*, que fue lengua latina y murió en las costas de la actual Croacia, o el *manés*, que fue lengua celta en la isla de Manx, o el *sumerio* que con tanto afán y brillo inspiró al también perdido *acadio* y al *asirio* en la antigua Mesopotamia?

Las lenguas se forman, de manera natural, con capacidad expresiva, con amplia sintaxis, con posibilidades léxicas para atender todas y cada una de las necesidades comunicativas. Lugo su acaecer, el azar de la historia, las tendencias y dependencias de sus hablantes, hace a unas, por necesidades prácticas, socialmente distintas al resto. Se transforman, seleccionadas por el azar, en favoritas de una época, mientras quedan otras enclaustradas, olvidadas, ensombrecidas y recluidas al olvido, a la debilidad y a la muerte.

Veamos de la manera breve y sucinta cómo y por qué se establecen diferencias entre unos y otros instrumentos de comunicación.

Utilizamos un orden clasificatorio por niveles aún conscientes de los casos en que las lenguas se tiñen de características de más de uno de los apartados que siguen.

1. LENGUAS MORIBUNDAS

Como herramientas al servicio de la sociedad, y no como objeto del investigador, colocaremos a la mayoría de las lenguas actuales en un amplio grupo al que llamaremos el de las *lenguas en lenta postración*. Son las que, difíciles de contar y catalogar, languidecen en una soledad que pronto ha de acabar con ellas. Es la casta de las desechadas. Desaparecen por decenas un año tras otro. La mayoría de ellas en África, y en menor medida en América y Asia. En Australia quedan tan pocas en boca de los aborígenes que ya apenas descubrimos muestras de las abocadas a la extinción, todas ellas ensombrecidas por la fuerza arrolladora del inglés.

Adivinamos que una lengua va a desaparecer porque conocemos los síntomas: carecen o apenas cultivan la dimensión escrita, restringen su uso al familiar, salen poco a la calle, a las plazas, a los parques, a las celebraciones públicas, dejan de transmitirse por escrito o lo hacen solo de manera exótica o con fondos públicos, son pocos los lectores que se recrean en sus publicaciones y los hablantes jóvenes cada vez se sienten menos cómodos en su manejo. Dejan así de mostrarse receptivas hacia los neologismos, hacia la metáfora creativa, hacia el enriquecimiento léxico, hacia la frase coloquial ingeniosa, hacia la frase familiar cariñosa. Empiezan por disminuir su número de usuarios y en algunas generaciones desaparece su penúltimo hablante… y con él la lengua. Y son centenares las que se muestran tan constreñidas, tan sin vida, tan sin esperanzas de sobrevivir… Los hablantes herederos de la lengua muerta no se quedan sin voz, no. La tienen, fuerte y viva, en una nueva que, a lo largo de las últimas generaciones, ya venía siendo más útil.

Las lenguas en peligro de muerte son muchísimas en África, y algo menos en América y en Asia, y por poner un ejemplo europeo, citemos al *casubio*, que languidece al norte de Polonia; o el *suletino*, variedad del *vasco* o *eusquera* eclipsado por el *francés*.

2. LENGUAS CONDICIONADAS

En nuestro camino hacia las lenguas universales, colocamos ahora a aquellas que, con más posibilidades de sobrevivir, se sienten esencialmente heridas en mayor o menor grado por la invasión de una lengua vecina mejor instalada por su prestigio sociocultural. Son las llamadas *lenguas condicionadas*.

Entendemos por lengua condicionada aquella que carece de hablantes monolingües, o que, si los tiene, se encuentran éstos tan limitados para el ejercicio de sus necesidades comunicativas que viven aislados en la sociedad circundante.

Es el caso de quienes tienen al *tártaro* como lengua materna y su necesidad de hablar ruso; y de los de *lombardo* y su obligación de conocer el italiano, y de los de *bretón* y su necesidad de hablar francés, y también los de *gallego* o *valenciano* y su irremisible deber de expresarse y comprender el *castellano*. Tienen cubiertas con sus lenguas nativas las necesidades familiares, es verdad, pero pueden carecer de herramienta para ver la televisión, o al menos la mayoría de sus canales, para leer el periódico o sencillamente para estudiar historia o química. Así enflaquecen y decaen la lengua irlandesa o la galesa en las Islas Británicas…

Una lengua se convierte en condicionada cuando es invadida por otra. El tipo de intrusión es variado, pero generalmente al poder de un ejército se añade cierto prestigio cultural, cierta imposición en su uso, cierta obligación práctica. Son lenguas que en algún momento de su historia ven limitado su desarrollo, condicionado su uso. Solo en Europa son unas cuarenta. Entre las de mayor número de hablantes el *catalán* y el *veneciano*; entre las menos pobladas, el *alsaciano*, condicionado por el *francés*, y el *romanche*, lengua románica ensombrecida por el influyente *alemán* en Suiza.

Viven la misma experiencia los hablantes de *osético*, de *inguso* o de *néncico* porque si bien utilizan su lengua materna en todas y cada una de las necesidades familiares, se sienten obligados a conocer el ruso para entrar en contacto con el ambiente de la comunicación social, humanística y científica.

3. LENGUAS AUTOSUFICIENTES

Veamos en tercer lugar al nivel de lenguas que podríamos llamar *autosuficientes sin proyección o con escasa expansión*. Las llamamos autosuficientes, frente a las condicionadas, porque sus hablantes no tienen necesidad, a priori, de conocer otra para colmar las exigencias de la comunicación del entorno. Son lenguas por lo general curtidas por los siglos, limadas por las generaciones, acariciadas por sus escritores, pulidas en la poseía, admiradas en exclusiva por sus hablantes y perfectamente ajustadas a la rueda de su ámbito social. No importa que sus textos se traduzcan poco, que los estudiantes extranjeros muestren escasa o nula predilección por ellas y que apenas se conozcan en latitudes distintas a su dominio lingüístico originario. Son lenguas con ninguna o muy poca frondosidad. A este grupo, a este nivel clasificatorio pertenecen el polaco, el ucraniano, o el turco. Sus hablantes pueden ser monolingües sin echar en falta el conocimiento de otra lengua, si exceptuamos los habituales deseos de los hablantes por un mejor y más amplio conocimiento de las lenguas vehiculares más útiles.

4. LENGUAS AUTOSUFICIENTES DE PROYECCIÓN NACIONAL

Llegamos ahora a la situación de otras lenguas autosuficientes que son también nacionales o de extensión nacional, pero limitadas por las fronteras políticas. Son las que se ponen al servicio de una nación, pero fuera de esos dominios administrativos viajan poco y mal, y eso a pesar de ser inmensamente ricas no solo en hablantes, sino también en tradición cultural amplia, y en literatura. El fenómeno es particularmente conocido en Asia, donde, si exceptuamos algunos enclaves que marcan la excepción, el chino, el hindi, el ruso y el malayo deslucen a otras lenguas regionales. No son, por otra parte, lenguas viajeras ni saltan fronteras. Muchas de ellas se han mostrado receptivas con las europeas, en particular el inglés, aunque también el francés y el portugués.

Para estas lenguas de consumo nacional un amplio grupo de ciudadanos las aprenden en mayor o menor grado de destreza.

A pesar de que el *chino mandarín* o *pekinés* es la lengua más hablada del mundo, los únicos hablantes que se muestran realmente interesados por ella son los ciudadanos de la República Popular China, aunque el país acoja como lenguas nativas al *uigur* o el *mongol*. Por lo demás, cuando los hablantes de chino abandonan sus fronteras, relegan su lengua al uso familiar, que coincide además con el aislamiento social en que viven fuera de su dominio territorial originario.

El *hindi*, lengua competidora con el español en número de hablantes, tiene dos trabas que dificultan su difusión. La primera es la rotura de la homogeneidad. Para muchos lingüistas el grupo *hindi-urdu* (India-Pakistán) ya no es uno solo, y para otros las distintas hablas del *hindi* contribuyen más a la diversidad que a la unidad.

El *ruso* es una lengua, gracias a la tradición de su pueblo, autosuficiente, es decir, no necesita de otra para colmar las necesidades comunicativas plenas.

El *malayo*, por su parte, sirve de apoyo al desarrollo comercial de Indonesia y ha engullido a lenguas de tradición cultural tan interesantes como el *javanés*.

5. LENGUAS INTERNACIONALES EN EXPANSIÓN

Y llegamos ahora al nivel universal y abierto. No diría aquí nada nuevo si menciono al *inglés*, lengua vehicular universal indiscutida desde hace más de medio siglo, pero antes lo fue el *francés*, y durante los siglos XVI y XVII el *español*, que heredó la hegemonía del *árabe*, y éste del *latín* y el *griego*, y si nos remontamos más, el *persa*, el *arameo* y el *sumerio* fueron lenguas vehiculares, es decir, deseadas y estudiadas como el *inglés* ahora.

¿Por qué el *latín*, el *francés*, el *inglés* y el *español* son o han sido lenguas universales? Nacieron en un rincón del Lacio, en la Isla de Francia, el seno de una

tribu germánica y en boca de pastores cántabros respectivamente, pero una serie de acontecimientos propicios, de coincidencias afortunadas y de necesidades de comunicación, extendieron sus dominios, multiplicaron sus hablantes y sus palabras se dejaron querer por el mundo. Otras lenguas vecinas, y a veces hermanas, corrieron distintas suertes y se desvanecieron apenas iniciadas o se mantuvieron pobres en hablantes, limitadas en difusión, perezosas en textos escritos y pronto necesitaron de otra para cubrir sus necesidades comunicativas. A la cabeza de las lenguas más deseadas por los viajeros está el *inglés*, pero si hubiera que añadir alguna más, el *español* ocuparía uno de los puestos más destacados, si no el más, como candidata.

¿Y qué pruebas superaron el *español* y el *inglés* para ganarse la consideración de lenguas universales? ¿Cómo han conseguido ser cosmopolitas, admiradas y estudiadas y no corrieron la misma suerte el polaco, el uzbeco o el bengalí?

La interpretación se llena de mitos, de lecturas malintencionadas, de interpretaciones sesgadas, de ocultación de datos, de ponderación de situaciones, de nacionalismos, de recelos y resentimientos, de rechazos sistemáticos y muchas veces de una voluntad inequívoca de tergiversación. Y cuando se crea la leyenda, las posibilidades para deshacerla se estrechan.

Para explicar esta aceptación debemos remontarnos a la historia de las dos lenguas, y descubrir los momentos mágicos que contribuyeron a una evolución tan aceptada.

La lengua de una tribu germánica, que los romanos llamaban bárbaros de manera genérica, y la lengua de un puñado de pastores cántabros han llegado a ser, en el siglo XXI, conocidas y estudiadas en los cinco continentes. La extensión de ambas no es el resultado de la magia, pero sí del azar y de un largo proceso de aceptación de quienes las tuvieron primero como lengua secundaria y luego hicieron de ella la principal.

Creo que las lenguas no se imponen como tampoco se impone el afecto. Se accede a una lengua con cariño, con apego, con ternura. Tampoco se imponen las creencias. Muy al contrario, las creencias se inculcan con dilección, con voluntad honesta, con amor reflexivo, con generosidad y tiento. Uno puede ser más o menos católico o más o menos amante del renacimiento, de tal músico o del Monasterio del Escorial, del Betis balompié o de la vecina del quinto. Y también uno puede odiar a los renacentistas, al cantautor de moda, a Felipe II, a toda manifestación futbolística, e incluso al exótico porte de la vecina.

Durante la ascensión del potencial anglosajón se creó un odio sistemático a los poderosos y Estados Unidos y los ingleses eran odiados o rechazados en muchísimos territorios y rincones del planeta, de la misma manera que en su momento fue denostado el imperio romano, pero nada de eso ha impedido, ni impidió, que unos y otros, izquierdas y derechas, conquistadores y sometidos, ricos y pobres, nacionalistas y no nacionalistas eligieran al latín y hayan elegido

hoy al inglés como lengua adquirida, y muestren por él gran afecto y dedicación, incluso en quienes sistemáticamente denigran al imperio norteamericano.

Ese mismo afecto y entrega mostraron, salvando las distancias, navarros, aragoneses, catalanes, valencianos, mallorquines y menorquines por el este, y leoneses, astures, gallegos y portugueses por el oeste, cuando la lengua española fue entrando en sus territorios sin que nadie la impusiera, sin que nadie lo ordenara, sin decretos polémicos, sin multas, sin subvenciones, sin exigencias ni coacciones. Los catalanes del siglo XVI dejaron de escribir en su lengua para hacerlo en castellano sencillamente porque les pareció más útil, es decir, la misma razón que impulsa a escritores actuales de la India que tienen como lengua materna el *malabar* o el *asamés* a hacerlo en *inglés*.

Por motivos muy parecidos se impuso la lengua de los anglos, y no la de los jutos, ni la de los sajones, en las Islas Británicas.

Es evidente que la mayoría de las lenguas universales viajaron en la mochila de los soldados. El ejército de Alejandro Magno condujo al griego por el Mediterráneo, el de Julio Cesar extendió al latín por las Galias, los dirigentes de la yijad sembraron el árabe por el Oriente Medio, y el conquistador Jacques Cartier llevó el francés a Canadá con parecidos medios a los utilizados por Hernán Cortés y Pizarro cuando introdujeron al español por las Indias.

Pero… ¿cuáles son las razones últimas que impulsaron a las dos lenguas más influyentes del planeta? Cabría pensar en una amplia variedad de situaciones, de coincidencias afortunadas, de escenarios aventajados, de voluntades inequívocas, de momentos de esplendor y de miles de coincidencias más, pero ninguna de ellas podría justificar suficientemente la universalidad, la atracción y otros muchos escenarios que han impulsado al español y al inglés a lugares tan socialmente privilegiados entre los hablantes del mundo.

Aunque para entender la historia es necesario andar despacio, ritmo tan enfrentado al de esta breve comunicación, diré, aún exponiéndome a la polémica, que el momento clave para el desarrollo de la lengua española no fue la llegada de los castellanos a América, ni tampoco el impulso de los conquistadores; ni siquiera las leyes de Carlos I y Felipe II, casi siempre orientadas a facilitar la lengua que más pudiese contribuir al entendimiento; ni tampoco la gallardía de los colonos; ni las artes de los poderosos. Nada de eso sirvió para la expansión del *castellano*. Si hubiera sido así, hoy Marruecos y Argelia tendrían como lengua propia al *francés*, y Etiopía al *italiano*. Fueron, eso sí, y pido para ello una concentración histórica, dos razones que procuro explicar con detenimiento en el libro citado en la presentación y aquí con prisas.

La primera se extendió desde el primer viaje de Colón hasta que la diplomacia napoleónica se hizo con el poder en España. Se trata de la facilidad con que los colonos castellanos encontraron hermosas y atractivas a las nativas autóctonas que, dicho sea de paso o a contratiempo, no acostumbraban a excederse en atuen-

do para una mejor defensa frente a la temperatura tropical. Aquella irresistible voluptuosidad la atestigua la pérdida de un tercio de la tripulación de Colón, probablemente enfrentado por ambiciones en la repartición del botín femenino, pues no fue costumbre llevarlo en el equipaje de las embarcaciones desde el continente europeo. Especial fue el caso de la bellísima azteca Malinalli Tenépatl, también conocida como Malintzin entre los oriundos, la Malinche entre los conquistadores y doña Marina entre los castellanos. Fue la Malinche primero intérprete y luego amante o esposa de Henán Cortés. Por entonces la Iglesia si no autorizó sí al menos consintió que fervientes exploradores católicos tuvieran, sin pena alguna, mujer en Castilla y esposa en el Nuevo Mundo, que bien sabía Dios que con tan marcadas distancias las naturales llamadas del deseo debían ser facilitadas para un mejor desarrollo de la comunidad católica. Por eso exploradores y caribeñas formaron matrimonios mixtos con descendencia bilingüe y, como la historia ha demostrado en numerosas ocasiones, el conocimiento bilingüe prioriza, una generación tras otra, la pervivencia de la lengua más útil en detrimento de la menos considerada. Sin embargo no hubo suficientes exploradores para colmar los deseos de las autóctonas, ni siquiera cuando aquella recompensa era un aliciente para embarcarse, y por eso la lengua de los Incas, el *quechua*, llegó a tener más hablantes en la época colonial que en la imperial.

No compartieron esos mismos principios los puritanos anglosajones cuando fundaron la nueva ciudad de York en el continente americano; ni mostraron la misma pasión por las jóvenes indias, ni formaron matrimonios mixtos. Más tardíos en sus viajes, no siempre dejaron en casa a sus cónyuges; y nunca compartieron las culturas. Ustedes saben perfectamente de qué manera contribuyó, sin embargo, la riqueza cultural azteca, inca y maya del colonialismo castellano en la cotidianidad del viejo continente.

Precisamente esa falta de arraigo, esa tan escasa transmisión en el seno familiar fue la que contribuyó recientemente a tan rápida decadencia del francés en los territorios colonizados. Los colonos franceses también viajaron con sus esposas, y si bien prestaron su lengua, tan necesaria como útil para el desarrollo cultural, una vez llegada la independencia, las nuevas generaciones no sintieron la necesidad de arraigarse a un idioma que no entra en la cocina de las familias, en la frase de cariño cotidiana, único lugar donde las lenguas tienen garantizada su permanencia. Podríamos decir que si asistimos durante estas décadas a la lenta muerte del francés como lengua hegemónica se lo debemos a la debilidad con que nuestros vecinos galos, digámoslo claramente, rechazaron el emparejamiento bilingüe.

Volvamos al pasado y recordemos lo que sucede cuando la diplomacia de Napoleón engulle a la monarquía española, por entonces en manos del pusilánime Carlos IV. Inmediatamente el imperio colonial americano, abandonado a su suerte, se desmorona y organiza su independencia. Por entonces el castellano no es

sino una lengua más añadida a las amerindias con relativo arraigo en el continente, pero con una sólida tradición cultural y única útil para la unificación nacional. Este es precisamente el momento del despegue. Solo entonces el español, oficial en los nuevos países, se convierte en la lengua de las nuevas administraciones y gobiernos porque nadie ignora que un pueblo no es gobernable desde el multilingüismo.

Si en la diáspora de las lenguas europeas hacia las Indias el español viajó con los conquistadores, y luego con los colonos, el inglés lo hizo más tarde, y se alzó como la más útil también en el momento de la independencia del pueblo americano. Poco importó que en Texas, Arizona y California el español fuera la lengua propia porque aquellos hablantes, al igual que irlandeses o polacos, sintieron la necesidad de añadir el inglés para una mejor convivencia. Pero si alguien todavía dudara de la naturalidad con la que conquistadores y colonos respetaron al *quechua*, al *náhuatl* y al *guaraní*, recordaremos que estas lenguas precolombinas son todavía millonarias en hablantes, mientras que entre las lenguas amerindias del norte no hay una sola que alcance los cien mil usuarios.

El gran momento del *inglés*, su irradiación, toma el impulso necesario no por méritos propios, sino por deméritos del viejo continente después de las dos guerras europeas. La primera, tal vez la más cruel, entre 1914 y 1918. Pero si el daño no había sido suficiente, una segunda, también sanguinaria y humillante, se inicia en los años cuarenta y deja pulverizada cualquier influencia de los derrotados europeos por el mundo. Como es sabido, las guerras las pierden vencidos y vencedores.

Pero no hubiera irradiado el inglés por el mundo de no ser por la increíble capacidad del pueblo norteamericano para entenderse con leyes básicas, para haber sabido limpiar de guerras su territorio durante tan largo periodo y, sobre todo por haber sido capaz de entenderse, de desarrollarse y de colocar su tecnología en los primeros puestos mundiales, y también de haber hecho de su música un lenguaje universal, entendido desde Alaska hasta la Tierra del Fuego, desde Vladivostok hasta Cádiz. Tal aceptación cultural sería ahora impensable en otras lenguas muy habladas como el *hindi*, el *japonés*, el *bengalí* o el *suajili*.

Hoy la lengua de imperio duplica al español en número total de hablantes. Pero el *español* supera al *inglés* en usuarios como lengua materna, al menos según mis cálculos. Podríamos decir que el GLM o grupo de lengua materna del *español* y el *inglés* se mantienen en parecida proporción. La garantía, los cimientos, la base humana que asegura la continuidad es por tanto la misma.

Bueno sería que los profesores de español fuéramos capaces de entender y enseñar por el mundo que es mucha lengua la nuestra, y que somos muchos quienes la tratamos y tenemos la intención de seguir tratando con infinito afecto y mimo.

BIBLIOGRAFÍA

Alatorre, Antonio. *Los 1001 años de la lengua española*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 2002 (3ª ed.)

Bernárdez, Enrique. *¿Qué son las lenguas?* Madrid: Alianza, 2004.

Boix i Fuster, E. y F. X. Vila i Moreno. *Sociolingüística de la llengua catalana*. Barcelona: Ariel, 1998.

Calvet, Louis-Jean. La *guerre des langues et les politiques linguistiques*. París: Hachette, 1999.

— *Le marché aux langues. Les effets linguistiques de la mondialisation*. París: Plons, 2002.

Cavalli-Sforza, Luca. *Genes, pueblos y lenguas*. Barcelona: Crítica, 2004.

Comrie, Bernard (ed). *The world's major languages.* Londres: Routledge, 2009.

Del Moral, Rafael. *Breve historia de las lenguas del mundo*. Madrid: Castalia, 2011.

— *Diccionario de Lenguas del mundo*. Madrid: Espasa-Calpe, 2002.

— *Historia de las lenguas hispánicas contada para incrédulos*. Barcelona: Ediciones B, 2009.

Hagège, Claude. *La estructura de las lenguas*. Madrid: Gredos, 1987.

Lapesa, Rafael. *Historia de la lengua española*. Madrid: Gredos, 1980.

Moreno Cabrera, J.C. *El universo de las lenguas*. Madrid: Castalia, 2004.

— *La dignidad e igualdad de las lenguas*. Madrid: Alianza, 2000.

Moreno Fernández, F. *Historia social de las lenguas de España*. Barcelona: Ariel, 2005.

Nettle, D. y S. Romaine. *Vanishing Voices: The Extinction of the World's Languages*. Oxford: Oxford University Press, 2002.

Salvador, Gregorio. *Política lingüística y sentido común*. Madrid: Itsmo, 1992.

Siguán Soler, M. *Bilingüismo y lenguas en contacto*. Madrid: Alianza, 2001.

Smith, Anthony D. *The Ethnic Origin of Nations*. Oxford: Blackwell, 1986.

Tusón, Jesús. *El lujo del lenguaje*. Barcelona: Paidós, 1997.

VV. AA. *Enciclopedia de las lenguas de Europa*. Madrid: Gredos, 2001.

Walter, Henriette. *La aventura de las lenguas en Occidente*. Madrid: Espasa-Calpe, 1998.

Zabaltza, Xabier. *Una historia de las lenguas y los nacionalismos*. Madrid: Gedisa, 2006.